

A NUEVA MANUFACTURA RURAL

Una comparación entre
Guanajuato, Jalisco y
Michoacán



Manifiesto
Manifiesto

Patricia Arias*

47

En cualquier recorrido por tierras guanajuatenses se topa uno con un sinfín de camionetas tipo *campers* que recorren y salen del estado en múltiples direcciones. Lo que sucede es que se han convertido en el vehículo más idóneo y socorrido para el traslado de los productos de la manufactura rural. Así, son también una expresión palpable de los cambios que se han suscitado en muchas ciudades medias y pequeñas de la región occidental del país, en particular en Guanajuato.

Cambios que ponen en entredicho mucho de lo que hace más de una década aprendimos —y todavía pensamos— respecto a la dinámica urbana de las ciudades medias y a la organización espacial regional y que, al mismo tiempo, se prestan para iniciar una comparación entre los tres estados donde hoy proliferan las actividades manufactureras de pequeña escala: Guanajuato, Jalisco y Michoacán. Como las diferencias suelen ser más que nada cuestión de grado, de énfasis, la comparación puede ayudar a hacerlas más nítidas y, de ese modo, a perfilar mejor las consecuencias de su diversidad.

*Profesora e investigadora de la UAM-Xochimilco.

Guanajuato. Un vieja urbanización especializada

Como es sabido, durante la década de los setenta, las ciudades del bajo guanajuatense despertaron el interés de varios de nuestros mejores historiadores. Como nos han enseñado Luis González (1980), Alejandra Moreno Toscano (1974) y Eric Wolf (1972), el espacio guanajuatense presenta, desde el siglo XVIII, un esquema de ciudades abajeñas muy peculiar. La notable expansión de la economía regional —en relación a la minería y al abasto de la ciudad de México— favoreció dos procesos simultáneos: el crecimiento demográfico de una docena de diferentes centros urbanos —ocho de los cuales se localizan en lo que desde el siglo XIX es Guanajuato— y el desarrollo de cierta especialización manufacturera en cada uno de ellos. Así, sin dejar de ser regiones agricultoras o ganaderas, ciudades como Celaya, León, Salamanca, Silao, San Miguel el Grande produjeron diversos artículos de lana y de algodón; en Acámbaro, León, San Miguel el Grande prosperaba la hechura de objetos de talabarterías; San Miguel era renombrado también por la manera en que se trabajaba el hierro.

48

La Guerra de Independencia y la suspensión de la actividad minera abatieron de manera dramática el poblamiento en la región. Salvo León, que actuó como zona de refugio, las demás ciudades guanajuatenses estuvieron a punto de desaparecer (González, 1980). El Bajío, para Moreno Toscano, fue no sólo uno de los principales escenarios de la lucha y destinatario de las desgracias de la contienda, sino también una de las primeras víctimas de la desarticulación regional colonial, de la cual formaba parte medular. Desarticulación que habría impuesto la ruralización de la vida abajeña y la restricción de los intercambios económicos al ámbito estrictamente intrarregional; por lo menos hasta el porfiriato y el tendido de las redes ferroviarias, que empezaron a modelar un nuevo escenario para la vida económica mexicana (Moreno Toscano, 1972).

No obstante esa centuria de aparente pobreza para la vida urbana guanajuatense, el viajero que hoy recorre el estado encuentra más de quince localidades de más de veinte mil habitantes (*Guanajuato Demográfico*, 1987) donde se practica una vida económica, social y cultural muy propia e intensa pero que, al mismo tiempo, mantiene múltiples relaciones con otras ciudades de la región. Pero seguramente lo que más llamará la atención del viajero es la tendencia en casi todas las ciudades de la entidad hacia la diversificación de sus actividades económicas con una clara orientación hacia la manufactura, hacia la elaboración en la localidad de uno o varios artículos de consumo.

Ciertamente, como ya se ha dicho, este fenómeno general de diversificación económica regional conlleva simultáneamente un proceso de especialización microrregional (Arias, 1988). Hoy sabemos que en la extensa y pobre región norteña se producen miles de prendas de tejido de punto; que en el occidente, junto a Jalisco y en León se confeccionan prendas de vestir sobre todo femeninas; que Irapuato es un gran centro productor de pantalón; que en el sur del estado —Moroleón, Uriangato— prosperan el tejido y cada vez más la confección de ropa de mujer; que en la región occidental —León, San Francisco del Rincón y Purísima de Bustos— se puede encontrar todo el tipo de calzado masculino, escolar y deportivo que desee; que en San Francisco se producen también los sombreros —que a pesar de todo siguen teniendo clientes— y las escobas y trapeadores que forman parte de nuestro *ajuar* cotidiano de amas de casa.

En algunos casos, la manufactura ha dado lugar, asimismo, a un novedoso y notable desarrollo local comercial. Ciertamente León es el lugar más conocido de venta de calzado masculino, pero Irapuato no se queda atrás en lo que a pantalón se refiere y Moroleón es, hoy, seguramente, la plaza más importante del occidente en venta de ropa deportiva y femenina de moda.

No obstante la diversidad de productos que se elaboran y los matices organizativos regionales que se puedan encontrar, en general se puede decir que la manufactura de las ciudades medias y pequeñas de Guanajuato se ha desarrollado con base en la producción y la interdependencia de múltiples pequeños establecimientos; a partir, en varios casos, de la recuperación de habilidades y tradiciones artesanales que se han convertido ahora en traba-

jo a domicilio; mediante un reforzamiento de las relaciones interpersonales entre empleadores y empleados; a través de la creación de dos nuevas fuerzas de trabajo: la de la mujer y la mano de obra del área rural que circunda cada ciudad.

Ahora ya empieza a haber algunas modificaciones, se trata por lo regular, todavía, de actividades que elaboran bienes de consumo final, donde se ocupa mucha mano de obra o, donde *costea* utilizar trabajadores en vez de máquinas; mismas que obtienen sus materias primas de diferentes —y a veces alejados mercados— y a través de variados mecanismos; que requieren de una tecnología, por lo menos inicial, bastante simple, disponible y barata. Dicho de otro modo, la manufactura guanajuatense actual depende mucho más de un contingente numeroso y barato de mano de obra y de servicios públicos mínimos (agua, luz, carreteras), que de instalaciones costosas o fijas o de insumos que sólo son accesibles gracias a una infraestructura urbana centralizada (gas, petróleo, ferrocarril). Estas orientaciones hacia la producción de bienes de consumo y la ocupación de mucha mano de obra tienen consecuencias que son también características de la manufactura rural: la extrema sensibilidad a los altibajos del mercado, la inestabilidad en el uso de mano de obra y el incumplimiento de la legislación laboral. Se puede decir, y con razón, que el sometimiento a los avatares del mercado no es exclusivo de la situación rural. Lo que sí puede ser diferente es el carácter y la magnitud del impacto de esos avatares por la especialización de pueblos y ciudades; una modificación del mercado puede llegar a afectar a toda una comunidad.

Esta orientación hacia el surgimiento y la proliferación de la manufactura de bienes de consumo en pequeña escala de las ciudades guanajuatenses, pone en entredicho el supuesto, tan en boga durante los años setenta, de que la industrialización era un fenómeno básicamente metropolitano, de gran escala, que conllevaba indefectiblemente a la desaparición de las formas de trabajo supuestamente atrasadas como la maquila y la pequeña industria.

Pone en entredicho también la imagen, siempre implícita pero presente en los estudios —por lo menos antropológicos— de la década pasada, de que las ciudades medias y pequeñas cumplen una función única y homogénea: servir de centro comercial para extraer los recursos agropecuarios de su entorno rural y para distribuir entre la población campesina los productos manufacturados de la economía metropolitana. Con esta imagen refractaria a aceptar que las ciudades medias y pequeñas tuvieran lógicas y especificidades propias y distintas, se dificulta entender las razones del notable crecimiento que han experimentado ciudades del occidente durante los últimos años.

Aunque Guanajuato parece ser la entidad donde la manufactura rural aparece más ampliamente difundida y diversificada en cuanto a productos, la diversificación económica está presente también en sus estados vecinos, Jalisco y Michoacán, aunque con algunos contrastes que vale la pena destacar.

Los matices que hacen la diversidad

Desde una primera aproximación hay profundas diferencias entre la urbanización e industrialización jalisciense y la guanajuatense. La urbe tapatía ha logrado desde antaño centralizar a la gente y a las actividades de transformación en su entidad e incluso la de sus vecinos. Aunque en los últimos años se advierte una cierta desaceleración en el ritmo de crecimiento tapatío y un reforzamiento demográfico de varias ciudades medias (Orozco, 1987), la distancia entre Guadalajara y Ciudad Guzmán, la segunda ciudad más poblada, sigue siendo enorme y sin que se observe en esta última otra dinámica que la comercial.

En Jalisco la actividad industrial rural aparece todavía muy ligada a la explotación de algún recurso natural —madereras, minas— o a la transformación de algún producto agrícola —caña—, por lo regular en manos de capitales foráneos o estatales, por lo menos hasta hace muy poco tiempo. En Lagos de Moreno, la tercera ciudad jalisciense, sí parecería haberse iniciado un proceso de diversificación económica con base en la transformación local de su producción láctea tradicional que no depende sólo de la compañía Nestlé. En general, las ciudades de los Altos parecen ser, por ahora, las que registran incrementos demográficos

que se relacionan en parte con el desarrollo de la manufactura local, sobre todo de elaboración de prendas de vestir: Atotonilco, Arandas, San Miguel el Alto, Tepatitlán, Zapotlanejo.

Ciertamente la urbanización de Michoacán parece tener más elementos en común con la de Guanajuato. Aunque Morelia, la capital, es la ciudad más poblada de Michoacán, la diferencia demográfica entre ella y Uruapan o Zamora es apenas del doble de habitantes. El caso es mucho más extremo en Guanajuato donde a lo menos cuatro ciudades (Celaya, Irapuato, León, Salamanca) tienen más pobladores que la ciudad de Guanajuato (*Guanajuato Demográfico*, 1987). Como quiera, en ambos casos, las capitales no parecen ser las únicas ni las principales destinatarias de los flujos demográficos y económicos de sus estados.

En el territorio michoacano ha surgido también un patrón diferenciado de ciudades medias: Apatzingán, que cobija a los productores de frutas de la amplia región tierracalienteña (González, 1982; Durán y Bustin, 1983); Uruapan, donde a su papel de bisagra que vincula comercialmente a la meseta purépecha con la tierra caliente, añade su importante actividad aguacatera (Espín, 1986); Zamora, valle en el que prosperan los cultivos comerciales (fresa, papa, jitomate) y un siempre floreciente quehacer comercial (Verduzco, 1984); La Piedad, asiento indiscutible, aunque muy vinculado a Guanajuato, de la engorda de cerdos. Sin embargo, este patrón michoacano de diferenciación urbana parece ser más reciente que el de Guanajuato; estar restringido a un número menor de ciudades y mantenerse alrededor y en función de la producción agrícola o pecuaria y la explotación de recursos naturales. Curiosamente la gran industria que se encuentra en Michoacán se localiza en ciudades pequeñas: —Celanese en Zacapu, Sicarsa en Lázaro Cárdenas—, pero el fenómeno es ciertamente muy limitado y las empresas operan más bien como enclaves. En general, la manufactura rural michoacana es muy rudimentaria y limitada al área purépecha.

En Guanajuato, en cambio, la diversificación económica parece ser un fenómeno más generalizado que incluye regiones, como la del norte, que no tenían una tradición al respecto y operan sobre dos principios complementarios; promover la transformación local de los productos agropecuarios y desarrollar actividades productivas —y su derivación comercial— novedosas. Un buen ejemplo es Irapuato, donde la producción de fresa ha estimulado la aparición de empacadoras de la fruta y donde además existe una enorme cantidad de fábricas, y sobre todo talleres, de fabricación de pantalón.

Esta búsqueda de la diversificación por la vía de la transformación, de la industrialización local de productos y artículos con base en actividades de pequeña escala que caracteriza a la economía guanajuatense de hoy, parecería tener que ver con el origen y destino de los empresarios. En el caso de Michoacán, una buena proporción de los promotores y beneficiarios de los cultivos comerciales han sido gente ajena a la región y su futuro, han sido negocios de ocasión y productivos mientras duren las condiciones que lo hacen posible con poco riesgo y escasa inversión. El ejemplo reciente del aguacate es iluminador. Después de varios años de auge se saturó el mercado nacional de ese producto; los dueños de huertas, muchos de ellos foráneos que no habían previsto esa eventualidad, empezaron sin más a deshacerse de las plantaciones.

En Guanajuato, en cambio, los autores de la diversificación y el desarrollo manufacturero han sido gente de las localidades mismas. Ya no es convincente el argumento de que sólo las transnacionales, las compañías extranjeras, controlan la economía agrícola estatal de todas las regiones del estado y mucho menos en lo que se refiere a la manufactura. Como se sabe, los porcicultores de La Piedad y Santa Ana Pacueco hace muchos años expulsaron de su territorio y del ámbito porcícola a las transnacionales de alimentos balanceados y de medicina animal y actualmente son los grandes engordadores de cerdos de esa región y promueven y compran los mayores volúmenes de grano para el alimento de los cerdos. De las casi cincuenta fábricas de calzado registradas en San Francisco del Rincón no hay una que pertenezca a consorcios extranjeros o extralocales. Así las cosas, parecería ser que la industrialización rural tiende a desarrollarse, arraigar y prosperar cuando las actividades locales están en manos y en los proyectos de los vecinos y avecindados de un lugar.



Otro hecho que llama la atención de la diversificación e industrialización de las ciudades medias y pequeñas de Guanajuato, es su orientación hacia el mercado interno, ya sea el nacional —estelarizado por las ciudades de México y Guadalajara— o el regional. En Michoacán las mejores tierras y productos se trabajan y se dirigen a la economía estadounidense; el resto, lo que queda porque no alcanzó la calidad internacional, la mercancía “pachanga”, es la que se envía a los mercados nacional y regional (Veerkamp, 1981).

En Guanajuato ciertamente hay quienes hacen contratos con compañías transnacionales o exportan sus productos —sobre todo y cada vez más los hortícolas— pero esto no es tan nítido ni generalizado. La orientación hacia el mercado interno parece ser mucho más consistente: la ciudad de México ha sido, sin duda, la principal destinataria, por ejemplo, de los miles de cerdos que se engordan en la región (en el decenio 1975-1985 más de la mitad de los cerdos que se engordan en Guanajuato salieron con rumbo a los rastrojos del Distrito Federal y, el Estado de México (datos estadísticos de la U.G.G.P.) es el principal destino de los productos de la manufactura estatal.) (Suárez, 1983; Treviño, 1986). La incursión de la manufactura guanajuatense en la economía internacional ha surgido como una consecuencia afortunada pero inesperada de su desarrollo. En verdad, es mucha la producción manufacturera estatal que cruza la frontera, pero esto sucede sobre todo a partir del comercio de pequeña escala no registrado que practican cada vez más los emigrados.

La manufactura rural guanajuatense ha desencadenado o reanimado otro fenómeno: los intercambios comerciales intraestatales e intrarregionales. De este modo han ido surgiendo y reafirmandose también redes de relaciones, información e intercambio con base en el tipo de manufactura de que se trate. Los fabricantes de prendas de vestir de Moroleón, por ejemplo, conocen muy bien a sus homónimos de los Altos de Jalisco, sus aciertos y vicisitudes.

Otro contraste que llama la atención entre Guanajuato y Michoacán es el carácter y el dinamismo de la manufactura rural como proceso económico. En Michoacán los talleres y el trabajo a domicilio han surgido sobre todo en la región purépecha, en los catorce o quince municipios indígenas de la zona lacustre y la meseta. Tierras flacas o codiciadas para otros usos, donde la manufactura se convierte en una forma más de una precaria sobrevivencia para la población indígena. En la manufactura michoacana de hoy, se reconoce, sin duda, la huella artesanal de ese magnífico proyecto diversificador y complementario de Don Vasco de Quiroga. Sólo que ahora son los comerciantes tradicionales de los centros urbanos (Uruapan, Paracho) y los industriales foráneos (Distrito Federal, Guadalajara) los que impulsan la aparición de talleres (muebles, partes de muebles, juguetes, otros artículos de madera) y promueven el trabajo a domicilio (ropa) (López, 1984), sin involucrarse directamente en la producción, sin que la manufactura se convierta en su proyecto económico. De este modo ambas modalidades de trabajo —el taller, el trabajo a domicilio— tienden a repetirse sobre las mismas bases y con el mismo sentido para los empresarios: hacer un buen negocio mientras se pueda, con base en la utilización de materias primas baratas y salarios muy reducidos que impiden a los trabajadores la posibilidad de iniciarse por su cuenta.

La situación es más compleja en Guanajuato. Allí los empresarios perciben a la manufactura como una forma estable y viable de acumulación de capital, como un negocio que debe ser rentable y hacia ese objetivo orientan sus esfuerzos. Ciertamente en sus decisiones tienen gran peso la etapa y las características de sus unidades domésticas —no en vano siguen siendo empresas familiares— pero hay, en muchos casos, una preocupación sistemática por el desarrollo de la empresa y por controlar, cada vez más, los procesos industriales relacionados. Los empresarios de San Francisco del Rincón son un buen ejemplo de lo anterior. No obstante su cercanía a León, los industriales francorrinconenses han instalado sus propias empresas productoras de insumos para el calzado y los sombreros; los quehaceres más característicos de la localidad son: fábricas de agujeta, de pegamentos, de pintura, de cajas, de adorno y maquinaria para el sombrero. Por su parte, muchos de los talleres que se encuentran por doquier, han sido iniciados por ex-trabajadores para los cuales el taller se convierte en la principal actividad económica familiar. Así, parecería ser que en Guanajuato la manufactura rural puede efectivamente jugar un doble papel: ser una modalidad importante de acumulación y diversificación para los capitales locales y un mecanismo de sobrevivencia familiar para sectores populares rurales.

En este mismo sentido habría que destacar un último contraste. En la literatura se suele atribuir a la pobreza agrícola y al deterioro agrario, el desarrollo o la aceptación de la manufactura en las localidades rurales (Ramírez, 1986; Treviño, 1986). Este podría ser el caso de Michoacán o el norte de Guanajuato, pero el fenómeno se encuentra también en las regiones agrícolamente más prósperas del estado como el bajío, lo que parecería reafirmar la idea de que la manufactura aparece actualmente como una forma importante de diversificación y acumulación económicas de ciertos sectores de la burguesía de las ciudades medias y pequeñas de Guanajuato.

Conclusiones

Ciertamente, la historia deja huellas. En las características de la diversificación de las ciudades guanajuatenses —manufacturera, especializada, orientada al mercado interno— se reconocen herencias que le dejó su insigne pasado: un territorio integrado y bien comunicado internamente, cruzado por redes de articulación económica interna, y entremezclado en circuitos que lo vinculan a la economía extrarregional. Sobre todo con la ciudad de México; una

tradición manufacturera como forma de acumulación y de empleo; algo quizá más inasible, como la racionalización empresarial (González, 1980).

Como quiera, los acontecimientos de las dos últimas décadas también han puesto lo suyo. En un estado pequeño y densamente poblado como el guanajuatense (que reúne una población similar a la de Michoacán pero en la mitad el espacio), la diversificación de las actividades económicas con especialización microrregional y orientada hacia la manufactura, parecería ser una de las respuestas más originales, exitosas y propias de la sociedad rural para enfrentar o eludir la crisis agrícola y el deterioro de la condición agraria sin tener que abandonar sus terruños. Así, mientras la academia y el gobierno han insistido en contrarrestar los problemas rurales por las vías agrícola y agraria, la sociedad rural ha empezado a jugársela por la diversificación en un doble sentido: promover la transformación y mercantilización de otros recursos y habilidades tradicionales e introducir o aceptar nuevas actividades económicas que proporcionen empleo local.

La diversificación y especialización con que la sociedad guanajuatense ha enfrentado las crisis de la década pasada ha contribuido en mucho, también, a sobrellevar la crisis más generalizada de los ochenta. Hasta ahora, las ciudades medias y pequeñas han demostrado ser uno de los ámbitos donde se genera más trabajo y empleo para las gentes de la localidad y la región, con productos de bajo costo para el resto del país, que a través de muchos y consentidos programas oficiales y privados.

Referencias

- Arias, Patricia "La pequeña empresa en el occidente rural" en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 17. México, El Colegio de México. 1988. pp. 405-436.
- Consejo Nacional de Población *Guanajuato Demográfico. Breviario 1985*. México, CONAPO, 1987.
- Durán, Juan Manuel y Alain *Revolución agrícola en la tierra caliente de Michoacán*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1983.
- Espín, Jaime *Tierra fría, tierra de conflictos en Michoacán*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1986.
- García, Lucía *Nahuatzen Agricultura y comercio en una comunidad serrana*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1984.
- González, Luis "Las ciudades y villas del Bajío colonial" en *Relaciones*, vol. I, núm. 4. Zamora. El Colegio de Michoacán. 1980. pp. 100-111.
- González, Luis "La Tierra Caliente" en Luis González *La Querencia*. Morelia, Mich., Editorial SEP Michoacán. 1982.
- Moreno Toscano, Alejandra "Economía regional y urbanización: tres ejemplos de relación entre ciudades y regiones en Nueva España a finales del siglo XVIII" en Varios Autores *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*. México, SepSetentas. 1974. pp. 95-130.
- Moreno Toscano, Alejandra, "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1940" en *Historia Mexicana* 82, núm. 2. México, El Colegio de México. 1972. pp. 160-187.
- Orozco, Javier, Manuscrito sobre la Zona Metropolitana de Guadalajara. Guadalajara, Universidad de Guadalajara. 1987.
- Ramírez, Luis Alfonso *Chilchota: un pueblo al pie de la sierra*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1986.
- Suárez, Luz María, "La industria a domicilio en México: un estudio de caso en una zona rural" en *Análisis Económico*, vol. II, núm. 1. México, UAM-A, División de Ciencias Sociales y Humanidades. 1983. pp. 331-352.
- Treviño Siller, Sandra, *El trabajo a domicilio: una forma específica de proletarización de la mujer obrera*. México, tesis de licenciatura en Antropología Social UAM-I. 1986.
- Unión Ganadera Regional de Porcicultores del Estado de Guanajuato *Informes del Consejo Directivo, 1976-1985*.
- Veerkamp, Verónica, *La comercialización y distribución de productos agrícolas a partir de un mercado semanal: el tianguis de Ciudad Guzmán, Sur de Jalisco*. México, tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA. 1981.
- Verduzco, Gustavo, "Crecimiento urbano y desarrollo regional: el caso de Zamora, Michoacán" en *Relaciones*, vol. V, núm. 17. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1984. pp. 9-40.
- Wolf, Eric "El Bajío en el siglo XVIII. Un análisis de integración cultural" en Barkin, David (Comp.) *Los Beneficiarios del Desarrollo Regional*. México, SepSetentas. 1972. pp. 63-95.

